

el nombre con el oficio, pues siempre estas criadas son las teclas por donde se tocan los órganos de las señoras.”³²

En la obra *David perseguido* decae el erotismo del que hace gala nuestro autor. Ya se nota su madurez literaria y personal, como lo demuestran distintos textos. El fragmento que a continuación aparece se llena de erotismo con el *tálamo de Himeneo*, ya no como cantos y danzas, sino convertido todo ello en batalla:

“En fin, él desabrido y celoso y ella desatenta y libre, hicieron el tálamo de Himeneo marcial palestra de una penosa batalla.”³³

En otra parte de la obra, los celos nos llevan directamente al erotismo como parte de un pensamiento. Ya no es un modo físico, como veníamos viendo, observado todo a través de cerraduras o con la presencia de ambos amantes. *Los dorados cabellos* y las *delicias de Himeneo* son los factores preeminentes en el texto:

“En un volcán de celos me consumo cuando considero que está gozando Creusa los brazos que son míos. Yo, despreciada, lloro a solas, y ella, querida, goza a tu lado delicias de Himeneo. Y por ventura, cuando la dices requiebros y palabras dulces, porque con sus dorados cabellos más te enlace... me acusarás de muchas culpas, dirás que no soy hermosa y que ella es una deidad.”³⁴

Recorre D. Cristóbal a la perífrasis como eufemismo para no mencionar sino insinuar una palabra tabú por el órgano al que se refiere. En este momento, la prosa es tersa y objetiva; por lo que no asoma ni un ápice la idea moral o antierótica del autor:

“Habían salido todas las damas, y pienso que hay quien diga que la reina con ellas, a tomar el fresco a una estancia deleitosa, donde, brindadas de la sonora y cristalina fuente, no sólo dieron al agua calurosa, las manos, sino que también quisieron bañarse las partes que el talar adorno cubre y disimula.”³⁵

Por último, en la obra *Los Reyes Nuevos de Toledo* nuestro autor siente el amor ahora desde su vejez, desde su enfermedad que sabía que era incurable. Parece como si ya no le molestara el ardiente amor de los jóvenes; sino que, al contrario, lo comprendiera, ya que él también hubiera querido sentir de ese modo:

³² Idem: *El muerto celoso*.

³³ “Las dos Juanas de Nápoles, Parte I, Capítulo XIII, Título II, Ejemplo II, en *David perseguido y alivio de lastimados*, Madrid, 1661.

³⁴ Idem: Parte II, Capítulo III.

³⁵ Idem: Parte III, Capítulo III.